



La insolente longevidad del héroe patrio

Rodolfo de Roux

► To cite this version:

Rodolfo de Roux. La insolente longevidad del héroe patrio. Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien, 1999, 72, pp.31-43. halshs-00143904

HAL Id: halshs-00143904

<https://shs.hal.science/halshs-00143904>

Submitted on 27 Apr 2007

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

La insolente longevidad del héroe patrio

PAR

Rodolfo de ROUX LÓPEZ

*Institut Pluridisciplinaire pour les Etudes sur l'Amérique Latine à Toulouse
Université de Toulouse-Le Mirail*

*El que detenta el presente posee el pasado,
el que posee el pasado detenta el porvenir.*
George Orwell, 1984

La Historia universal, la historia de lo que el hombre ha realizado en este mundo es, en el fondo, la historia de los grandes hombres, de los héroes. Thomas Carlyle *dixit*. Desde aquel lejano mayo londinense de 1840 en que pronunciara sus seis influyentes conferencias *On Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History* la tesis de Carlyle ha conocido un prolongado éxito. La Historia, según él, es el producto de personalidades excepcionales y enérgicas que se colocan por encima de las circunstancias, del poder del medio social y de los condicionamientos económicos y políticos de su tiempo. Para Carlyle, los héroes aparecen cuando todo amenaza derrumbarse y cumplen contra viento y marea con su misión salvífica, así tengan que erguirse, solitarios, para responder a los desafíos del momento.

Nada parecería estar más alejado de la tónica intelectual de nuestro tiempo que la tesis de Carlyle. El desarrollo de los estudios históricos contemporáneos, con su énfasis en el análisis de las *estructuras*, de los grupos sociales y de las fuerzas impersonales parecía haber asestado un golpe definitivo a la concepción del héroe como forjador de la Historia y había hecho pensar que los héroes intemporales del pasado, descendidos de su pedestal, serían reabsorbidos por las fuerzas que los forjaron. Sin embargo, de vez en cuando asoma su cabeza la teoría de la Historia centrada en el gran hombre, que ofrece una resistencia verdaderamente heroica.

Hace poco, en agosto de 1996, un empresario venezolano solicitó al Presidente Rafael Caldera, a través de documento público, que no

permitiera la venta del Banco de Venezuela a inversionistas de Colombia y Perú. He aquí las razones fundamentales aducidas por el peticionario: «¿Cómo podríamos aceptar como venezolanos esta situación, cuando no podemos olvidar que nuestro Libertador Simón Bolívar, que nació por cierto a escasos metros de la actual sede del banco, murió abandonado en Colombia y nuestro gran Mariscal de Ayacucho [el venezolano Antonio José de Sucre] murió vilmente asesinado en Berruecos, Perú!». ¹

Para Hugo Chávez Frías, actual presidente de Venezuela, Bolívar es uno de los referentes de su programa de acción ². Y lo es en forma tal que corre la broma de que Chávez tiene en casa una silla vacía para el *Libertador*. También se cuenta que una vez, mientras esperaba en la antesala de un programa de televisión, le sorprendieron hablando a solas con un retrato de Bolívar, a quien se dirigía como «hermanazo querido» ³. Inmediatamente después de su elección, Chávez recibió un mensaje de felicitación de Fidel Castro deseándole éxito en un momento de la historia de América en el que «ha llegado la hora de los sueños de Bolívar» ⁴.

¿Cómo explicar el que se continúe hablando de los héroes de hace doscientos años como si hubieran estado vivos la víspera? ¿A qué se debe el que se los erija en guías seguros para salir de los laberintos presentes y se los convierta así en objetos de culto de un pasado redivivo? Ofrezco a continuación algunos elementos que pueden ayudar a comprender el fenómeno de la invención y del arraigo del héroe patrio en Hispanoamérica.

INVENCION

De manera clarividente Simón Bolívar previó en su llamada *Carta de Jamaica* el problema que se le presentaría a los *criollos* («ni indios ni europeos») para legitimar su poder una vez se independizaran de

¹ «Telegrama» suscrito por Vicente Lecuna Casanova, diario *El Universal*, Caracas, 20 de agosto de 1996, citado por Elías Pino Iturrieta, «Nueva lectura de la Carta de Jamaica. Discurso de incorporación como individuo de número de la Academia Nacional de la Historia de don Elías Pino Iturrieta», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, tomo LXXX, N° 317, enero-marzo de 1997, p. 65.

² Afirma Chávez en un libro que recoge entrevistas que le hizo Agustín Blanco entre marzo de 1995 y junio de 1998 que «...nuestro movimiento (se refiere al *Movimiento Revolucionario Bolivariano-200*) rescata ese Bolívar que han utilizado las clases dominantes, para ponerlo al servicio de una revolución posible y popular, alejado del que está en el panteón.» Agustín Blanco Muñoz, *Habla el Comandante Hugo Chávez Frías*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1998, p. 353.

³ C. Salas y R. Del Naranco, «Venezuela quiere su Fujimori», *Vocablo*, París, N° 317 du 10 au 23 décembre 1998, p. 9.

⁴ Mauricio Vicent, «Castro: 'La hora de Bolívar'», *El País*, Madrid, diciembre 8 de 1998, p. 2.

España⁵. Al problema de la legitimación se le añadiría el de la identidad, pues los *criollos* cayeron en la ilusión de la *nación virgen* tentada de dar la espalda a negros, indios y españoles para desposar a la modernidad inglesa o francesa. Nada más conveniente entonces que, para resolver estos problemas de legitimación del poder y de identidad nacional, los constructores de las nuevas repúblicas identificaran la historia de la patria con la de sus héroes y gobernantes... prácticamente todos ellos *criollos* y masculinos, pues las mujeres no estaban destinadas ni a combatir ni a gobernar.

En la formación de las identidades de las nuevas repúblicas se puede reconocer fácilmente el papel jugado por el imaginario historiográfico: para aquellos conglomerados de regiones aisladas y disímiles, y de grupos humanos diversos —con enormes diferencias sociales, culturales y económicas entre sí—, la Historia se convirtió en el mito explicativo de lo que se era y de lo que se quería ser. Las «historias patrias» se destinaron, pues, no solamente a describir o a explicar una realidad sino también a prefigurarla. Y los historiadores de las nacientes repúblicas se autoproclamaron «educadores de la nación», investidos de la alta misión de colocar los fundamentos de una identidad colectiva por medio de la glorificación de un pasado reciente, en el que la ruptura con España marcaba una especie de «comienzo de la historia» cargado de promesas⁶.

Mediante la recreación de un pasado funcional para la élite a la cual pertenecían, aquellos historiadores subrayaron la opacidad del período colonial, contrastándolo con la luminosidad de las intenciones que supuestamente iban a servir para la construcción de una realidad totalmente nueva. Nueva y múltiple, pues, «cada fragmento del Imperio español que, por azar o por designio o por la necesidad de ciertos factores históricos, enfrentaba un destino como nación, rechazaba obstinadamente la idea de que tuviera algo en común con los demás fragmentos. Surgía así

⁵ «... no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado.» Simón Bolívar, «Contestación de un Americano Meridional a un caballero de esta isla», Kingston, 6 de septiembre de 1815, en *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1966, p. 62.

⁶ Véase el sugestivo análisis de Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1989, 202 p. Señala Colmenares que, unidos por el proyecto común de ayudar a forjar identidades nacionales diferentes, los historiadores formaron una especie de «república de las letras»: el argentino Bartolomé Mitre mantenía correspondencia con los chilenos Benjamín Vicuña Mackenna y Diego Barros Arana; éste conocía al colombiano José Manuel Restrepo, que estaba en relación con el venezolano Rafael María Baralt. El boliviano Gabriel René Moreno era alumno del chileno Miguel Luis Amunátegui que, a su vez, era amigo y condiscípulo de Barros Arana. El peruano Mariano Felipe Paz Soldán citaba ampliamente a Mitre y Vicuña Mackenna; y el ecuatoriano Federico González Suárez se apoyaba en los escritos del colombiano José Manuel Groot.

para cada uno la trama de una historia única, teñida a veces de acentos providenciales, a veces pesimista y hasta con ribetes trágicos. Las querellas intestinas poseían la intimidad de una historia de familia e iban jalando los pasos de un destino irrevocable y único⁷. Destino que las diversas historias patrias construyeron alrededor de héroes que intervenían de manera decisiva en la formación de las nuevas colectividades.

Las guerras de Independencia se convirtieron así en el momento por antonomasia para la epifanía de los héroes nacionales que, en los campos de batalla, mostraban su temple y cambiaban el curso de la Historia. Puesto que ese panteón fundador debía cumplir un papel ejemplar, unificador y estabilizador, correspondió a los historiadores el construir imágenes de héroes que fueran la más pura encarnación del ser colectivo y en quienes residieran los gérmenes del perfeccionamiento social. Las descripciones hiperbólicas de las cualidades físicas y morales del héroe cincelaron progresivamente su perfil solemne y fácilmente intercambiable: hombre providencial, probo y desinteresado; militar elegante, audaz y valeroso, dotado de un espíritu de sacrificio a toda prueba; alma apasionada enteramente consagrada al servicio de la patria, etc. La pedagogía del entusiasmo terminó por borrar al personaje real y colocó en su lugar una estatua.

En América del Sur en ese panteón de *padres fundadores* sobrevuelan inalcanzables, por encima de una serie de epígonos, dos personajes inmarcesibles: Simón Bolívar y José de San Martín. Pero el culto a Bolívar aparece, sin duda, como el más elaborado y difundido⁸. En el Olimpo patrio de Colombia y Venezuela el *Libertador* ocupará, a fines del siglo pasado, el lugar de un Zeus apenas susceptible de reproches⁹. Sin embargo, su proceso de *entronización* había comenzado mucho antes. Todavía vivo Bolívar, se desarrolló en torno a él una especie de liturgia que combinaba el recuerdo de la Antigüedad greco-romana, los símbolos de la Revolución francesa y los del catolicismo. Si en los actos cívicos celebrados en su honor, el *Libertador* era asociado con frecuencia a la figura de Hércules (que la Revolución francesa había hecho familiar como alegoría de la fuerza de la Nación aplastando al despotismo), también era posible escuchar a un sacerdote dirigiéndose a Bolívar desde el atrio de una

⁷ G. Colmenares, *o.c.*, p. 37.

⁸ Véase, por ejemplo, el trabajo pionero de Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar*, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1969.

⁹ Al analizar el tratamiento que se le dio en el discurso historiográfico del siglo XIX, a catorce héroes venezolanos de la Independencia, Napoleón Franceschi afirma que « en general no se desarrolló un culto específico a esos héroes sino en la medida en que cada uno de ellos formaba parte del gran escenario bolivariano. Esto es, usualmente a cada prócer se le honró o defendió considerando su participación en campañas al lado del Libertador, defendiendo la vida de éste, solidarizándose con sus actuaciones». Napoleón Franceschi, «El culto a los héroes: una visión del problema a partir de una muestra de la producción intelectual venezolana del siglo XIX», en *Tiempo y Espacio*, Caracas, volumen VII, N° 14, julio-diciembre de 1990, pp. 9-26.

catedral con las siguientes términos: «Seguid, señor, seguid, que en vos también se encierra una trinidad augusta: sois el Padre de la Patria, el Hijo de la Gloria y el Espíritu Santo de la Libertad»¹⁰. Sin duda Bolívar supo utilizar tal tipo de glorificaciones. Cuando se trata de construir un nuevo orden de cosas, cualquier héroe fundador sabe que tendrá mayores posibilidades de éxito si su autoridad está investida con una aura sagrada.

Sobre las calenturas de la imaginación y del fervor patriótico fabricantes de héroes así como de la temprana utilización del paradigma heroico griego en el Panteón *criollo* da buena cuenta una lúcida carta que dirigió Bolívar desde el Cuzco al patriota, poeta y político ecuatoriano José Joaquín Olmedo que le había enviado su poema *La victoria de Junín*. Se expresaba así Bolívar:

Todos los calores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre de Manco Cápac, no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. Usted dispara donde no se ha disparado un tiro; usted abraza la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles, que no rodó jamás en Junín; usted se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter; de Sucre, un Marte; de la Mar, un Agamenón y un Menelao; de Córdoba, un Aquiles; de Necochea, un Patroclo y un Ajax; de Miller, un Diomedes; y de Lara, un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina y heroica, que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Usted nos hace a su modo poético y fantástico, y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa, como el águila de Júpiter levantó a los cielos a la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros; usted, pues, nos ha sublimado tanto que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes.

Así, amigo mío, usted nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles y con la sabiduría de su Ulises.

Si yo no fuese tan bueno, y usted no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que usted había querido hacer una parodia de la *Ilíada* con los héroes de nuestra pobre farsa¹¹.

La «parodia de la *Ilíada*» gozará de un porvenir radiante. Como lo indica el historiador Nikita Harwich al analizar el discurso historiográfico venezolano del siglo XIX, «Bolívar será a la vez el 'Aquiles' y el 'Ulises' de una epopeya. Sus compañeros podrán ser —según el caso— unos 'Ajax'»,

¹⁰ «Bolívar y el Predicador», *El Libertador*, n° 106, Quito, 1951; citado por Georges Lomné, «La Revolución francesa y la 'simbólica' de los ritos bolivarianos», *Historia crítica*, Bogotá, Revista del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes, n° 5, Enero-Julio 1991, p. 15.

¹¹ *Cartas del Libertador*, editadas por Vicente Lecuna en 11 volúmenes, Caracas, 1930-1947, tomo V, pp. 6-8. La carta a Olmedo es del 27 de junio de 1825.

unos 'Néstor' o modernas encarnaciones de 'Fabio' (Cunctator)¹². Hábil manera de construir un imaginario patriótico en el que el momento fundacional del Estado-nación se evoca en términos de una mítica edad de oro en la que reinaban la virtud y la sabiduría de sus héroes.

ARRAIGO

En Hispanoamérica el culto al héroe patrio se afianzará gracias a una pedagogía cívica, transmisora de una memoria oficial, que va a encontrar su expresión privilegiada en los manuales escolares. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que en la mayor parte de nuestros países la enseñanza obligatoria de la historia patria no se impondrá sino en los últimos decenios del siglo XIX¹³. Por otra parte, dadas las bajas tasas de escolarización en aquel entonces, la difusión de este tipo de enseñanza tendrá un influjo bastante limitado. Será más bien a través de una amplia gama de actos cívicos populares como esa historia (y sus héroes) penetrarán en el espacio social cotidiano y en el imaginario colectivo.

Inmediatamente después de las guerras contra España aparecen las celebraciones de la nación independiente. Se trata de manifestaciones públicas que ayudan a la integración de las personas dentro de una colectividad nacional a la que se le promete un porvenir grandioso. En dichas ceremonias se exaltaban las proezas —reales o supuestas— de los héroes vencedores, lo cual contribuía entre otras cosas a halagar el amor propio nacional o local, pues cada región debía contar con su héroe para demostrar así el haber contribuido a la formación de una patria común.

Las fiestas conmemorativas de los gritos de Independencia y de las batallas decisivas inauguran un calendario cívico popular y establecen un modelo general de celebraciones compuesto de desfiles militares al son de tambores y trompetas, arcos de triunfo, carrozas con cuadros alegóricos, discursos grandilocuentes, *Te Deum* con repique de campanas, salvas de artillería, banquete para los *notables*, bailes y juegos para el pueblo. Todos estos elementos de la celebración se sostienen y entrelazan para crear un ambiente espacio-temporal de participación y de comunión colectiva¹⁴.

¹² Nikita Harwich Vallenilla, «Le discours historiographique du Venezuela au XIXe siècle», en François-Xavier Guerra (coordinador), *Mémoires en devenir. Amérique Latine XVIe-XXe siècle*, Bordeaux, Maison des Pays Ibériques, 1994, p. 205.

¹³ Véanse, Carmen Escobar Rodríguez, *La historia en la enseñanza y la enseñanza de la historia en Colombia. Siglo XIX*, Fundación Universitaria Autónoma de Colombia, Bogotá, 1984, p. 50-52; Nikita Harwich, *o.c.*, p. 196.

¹⁴ J. Ocampo y E. Florescano nos ofrecen un ejemplo de este modelo con sus análisis de las celebraciones de la Independencia de México en 1821. J. Ocampo, *Las ideas de un día. El pueblo mexicano ante la consumación de su Independencia*, México, El Colegio de México, 1969; Enrique Florescano, «Les origines de la mémoire nationale. La célébration

Los antiguos espacios urbanos, concebidos para celebrar otras ceremonias y honrar otros héroes, son transformados para dar lugar al culto nacional. En las capitales y en las ciudades de provincia se multiplican los obeliscos, columnas, altares de la Patria y estatuas destinados a honrar a la Independencia y a sus héroes. Así como el hecho revolucionario tiende a crear espacios propios de celebración, también engendra una temporalidad propia que niega el pasado que se le opone, exalta sus fechas gloriosas y perpetúa la memoria de sus actos heroicos en el calendario cívico-patriótico.

Con la creación de tiempos y espacios, de mitos y ritos patrióticos, la «liturgia» de las celebraciones convierte la historia en recuerdo de un pasado sacralizado cuya periódica conmemoración permite a los ciudadanos entrar en comunión con los héroes de una «edad dorada». En todas estas celebraciones los discursos que hacen el elogio de las acciones y virtudes del héroe patrio, los retratos, las alegorías y las canciones que lo celebran, pasan por alto los intereses particulares, las mezquindades y la realidad política y social en la que estuvo inmerso¹⁵. En Hispanoamérica, los calificativos más hiperbólicos y los paralelismos más audaces con los hombres de la Antigüedad confluyen en el héroe patrio. Para citar un ejemplo, en el caso de Agustín de Iturbide en México, en las fiestas patrias de septiembre de 1821 se le llamará «Nuevo Moisés», «Nuevo Abraham», «David victorioso», «Alejandro Grande de América», «Segundo Constantino», «Asombro de la Historia», «Antorcha luminosa del Anahuac»¹⁶.

La figura del héroe debe entusiasmar. Por eso no hay que pararse en sutilezas sino subrayar los contrastes maniqueos, tan importantes para el mito heroico¹⁷. Frente al justiciero se alinean entonces los traidores, los cobardes, los malvados. El héroe tiene, además, físico de tal. Como la esposa del César, no sólo debe ser virtuoso sino parecerlo. Bolívar tendrá así «los ojos azules y la piel blanca que ennegrecerán los rayos de la guerra, los músculos de acero, la mirada soberbia y terrible, las formas

du triomphe de l'Indépendance en 1821», en F.-X. Guerra, *Mémoires en devenir*, o.c., pp. 156-176.

¹⁵ Las divergencias, las intrigas, las enemistades entre próceres terminan por desaparecer de esta versión ejemplarizante de la historia para las masas. Como concluye Franceschi en su estudio sobre el caso de Venezuela: «Al analizarse la actuación concreta de Bolívar y su relación con la de otros próceres, no se hace la más leve mención sobre los conflictos que hubo entre ellos. Todo lo contrario, todo se resuelve en la más completa armonía patriótica y hermandad venezolana. Sólo debía recordarse, según los oficiantes del culto, la gran lucha común por la independencia...». Napoleón Franceschi, «El culto a los héroes y la formación de la nación venezolana...», o.c., p. 24.

¹⁶ Javier Ocampo, o.c., pp. 331-332.

¹⁷ Napoleón Franceschi, después de haber analizado un extenso *corpus* historiográfico de sesentinueve obras venezolanas del siglo XIX afirma que «fue casi un lugar común en la mayoría de los textos patrióticos describir a los adversarios en la lucha de independencia nacional con los peores epítetos.» N. Franceschi, o.c., p. 22.

elegantes y viriles del dios de las batallas»¹⁸. A su vez, Rosete, uno de los jefes militares españoles será «pequeño y rechoncho, de blancura sucia, caminar convulsivo, coronado de una calvicie vil; dos ojos desiguales y protuberantes brotaban de su rostro y lanzaba amenazas y blasfemias desde los abismos de su boca pestilente»¹⁹.

Con este juego pronunciado de luces y sombras se esperaba suscitar más fácilmente los procesos de identificación-repulsión necesarios en un tipo de educación destinada a transmitir valores cívicos. Como concluye Carmen Escobar en su análisis de los manuales de historia patria del siglo XIX en Colombia, «la educación histórica buscaba la modelación del carácter y la formación de los sentimientos expresados en el amor a la patria, la veneración a los héroes de la gesta revolucionaria y forjadores de la nación, la abnegación, el desinterés y la capacidad de sacrificio en la defensa y progreso de la República»²⁰. Ya lo decía Cerbeleon Pinzón, autor de un famoso *Catecismo Republicano para la Instrucción Popular* que se destinó como texto de enseñanza oficial para las escuelas públicas y privadas de Colombia a partir de 1864: el objetivo de tal enseñanza de la historia era «...que se mantenga vivo el recuerdo de los próceres, sobre todo el de los ilustres mártires de aquella causa (de la independencia), así como la de recomendar las heroicas acciones de valor i de patriotismo que ilustran la guerra con tanto honor i con tanta gloria sostenida en defensa de la misma causa»²¹. En esa forma, como apuntaba otro de los textos de enseñanza de la época, los jóvenes «...libres e ilustrados, sabréis venerar a los que pagaron con sangre nuestro rescate para legarnos Patria y como ellos, aprenderéis a amarla, sabréis servirla, y, llegado el caso, sabréis morir por ella»²². No en balde se hablaba de *catecismos republicanos*.

PERDURABILIDAD

No es de sorprender que la Independencia y sus héroes hayan pesado en el ánimo de las generaciones posteriores. Las nacientes repúblicas hispanoamericanas acudieron a ese pasado próximo para sacar de sus hechos y de sus personajes un elemento de cohesión social. La apología de los paladines de la independencia se convirtió así en ayuda fundamental para transitar por nuevas y tortuosas sendas. «Hay suficientes elementos, pues,

¹⁸ Juan Vicente González, *Pensamiento político venezolano del siglo XIX*, Caracas, Publicaciones del Congreso de la República, 1983, p.109. Citado (en francés) por Nikita Harwich, *o.c.*, p. 206.

¹⁹ J. V. González, *o.c.*, pp.192-193. Citado (en francés) por N. Harwich, *o.c.*, p. 206.

²⁰ Carmen Escobar Rodríguez, *o.c.*, p. 62.

²¹ Cerbeleon Pinzón, *Catecismo Republicano para la Instrucción Popular*, Bogotá, Imprenta El Mosaico, 1864, p. 4.

²² José María Quijano Otero, *Compendio de la Historia Patria*, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1981, tercera edición, p. 3.

para encontrar apoyos al culto de los héroes que comienza a florecer. Tienen sentido los mitos de un país heroico y la liturgia cívica que nacen después de la insurgencia. Pero con el correr del tiempo el santoral se convierte en un embarazo²³. Embarazo para un grupo de historiadores críticos que considerarán que la exaltación desmesurada del héroe patrio no ayuda a la cabal comprensión de los cambios sociales, que contribuye a la sacralización patriótico-militar del Estado, y que olvida la participación de «los de abajo», esas mayorías anónimas que hicieron posible las hazañas de los grandes hombres, como recuerda el célebre y citado apóstrofe de Bertold Brecht: «¿Quién ha construido Tebas la de las siete puertas?». Pero tal embarazo no va a afectar gran cosa a los Ministerios de Educación, ni a los autores de textos escolares ni a los maestros de escuela cuando, en pleno siglo XX, la cobertura educativa se haga más amplia y los textos de historia patria conozcan una mayor difusión y jueguen un papel más importante en la modelación del imaginario colectivo.

Hace algunos años los participantes en una *Consulta Regional* de la Unesco sobre la enseñanza de la historia a los niños en Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú²⁴, después de un minucioso análisis de los programas y textos escolares que abordaban los siglos XIX y XX, llegamos a la conclusión de que no sólo la misma concepción historiográfica animaba la enseñanza en todos nuestros países, sino también que lo enseñado era prácticamente igual a lo que cada uno de nosotros había tenido que aprender treinta o cuarenta años antes.

En promedio, la mitad de cada texto se consagraba a estudiar el período de la Independencia y su cortejo de héroes; la otra mitad se dedicaba en buena parte a la vida y obra de los presidentes de la república. Los actores sociales abrumadoramente predominantes eran *grandes personajes*, blancos y masculinos, militares y políticos²⁵, presentados como verdaderos «motores de la Historia». Su descripción verbal y gráfica sugería fuerza, poder, casta, nobleza, hidalguía, elegancia, coraje. Bolívar, San Martín, Sucre y compañía adquirían el significado de libertadores y héroes que dividían la Historia sacando a los pueblos de la opresión y las tinieblas, fundando naciones y abriendo el camino hacia la libertad. Los acontecimientos históricos aparecían como el resultado de la habilidad, decisión y acción de los *grandes personajes*. Volvimos así a encontrarnos con la misma *historia de bronce* que se nos había contado cuando éramos

²³ Elías Pino Iturrieta, *o.c.*, p. 65.

²⁴ Consulta realizada entre 1983 y 1984 por la Unesco y Codecal (Corporación integral para el desarrollo cultural y social, Bogotá); en ella participé como coordinador general y redactor del *Informe final*. Una exposición sumaria de los objetivos, metodología y conclusiones de dicha Consulta puede verse en Rodolfo de Roux, «A propósito de la historia que se enseña a los niños», *Educación y Cultura*, revista de la Federación Colombiana de Educadores, Bogotá, diciembre de 1985.

²⁵ De un total de 315 ilustraciones que aparecían en una muestra de siete textos escolares, 308 eran de «grandes personajes» de la patria y 7 de «pueblo» indiferenciado.

niños. Historia que se ha usado por gobernantes y pedagogos como una especie de predicación moral apta para promover el espíritu patriótico de las jóvenes generaciones, con la ilusión de que una buena dosis de estatuaría forjará buenos ciudadanos. La realidad nos muestra que este tipo de explicación histórica tiene la piel dura. En 1995, la Secretaría Ejecutiva del Convenio Andrés Bello²⁶ publicó un estudio²⁷ en el que se recogían los resultados de la *Consulta Regional* promovida por la Unesco en 1983-84 y se cruzaban con otros estudios posteriores como *Enseñanza de la historia e integración regional*²⁸ y *La enseñanza de la historia en América Latina*²⁹. La conclusión fue que «La historiografía que aparece en todos los textos estudiados se quedó en la etapa de la narrativa de los hechos, de la exaltación de héroes y de la epopeya bélica, con fuertes cargas de nacionalismo y de chauvinismo»³⁰. Después de cruzar todos aquellos diagnósticos se finalizaba con la siguiente pregunta: «¿No será posible cambiar la 'historia de fe' por una historia de análisis, de crítica y de comprobación?»³¹. Una respuesta afirmativa sigue pendiente.

Sabido es que los grupos dominantes y sus seguidores han necesitado siempre del pasado para infundir en las masas sentimientos virtuosos y para suscitar las ideas y actitudes que convengan al Estado que gobiernan. Es así como se ha inculcado una afición servil al pasado, entendido como una sucesión de vidas individuales y ejemplares³². Pero no sólo por eso perviven la *historia de bronce* y los héroes patrios. Su culto forma parte de una *mitología programada* en la que nos movemos aun sin darnos cuenta; es decir, un sistema de creencias socialmente compartidas y construido colectivamente por el imaginario social, a partir de materiales proporcionados por la Historia. Se trata de creencias que nos orientan en función de un porvenir presentado como legítimo y necesario. Para el caso de nuestros héroes patrios, esas creencias, construidas colectivamente, lo fueron primero por una élite deseosa de asentar su poder. Frente al desafío de crear un Estado y una nación a partir de un pasado colonial,

²⁶ El Convenio Andrés Bello es una organización intergubernamental cuya misión es la integración educativa, científico-tecnológica y cultural de Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador, Panamá, Perú, Venezuela y España.

²⁷ Jaime Díaz Castañeda y Jaime Ospina Ortiz, *La enseñanza de la historia como estrategia de integración*, Secretaría Ejecutiva del Convenio Andrés Bello y CODECAL, Santafé de Bogotá, 1995.

²⁸ Estudio realizado en 1992 para el Convenio Andrés Bello por el historiador venezolano Rafael Fernández Heres.

²⁹ Josefina Zoraida Vázquez y Pilar Gonzalo Aizpuru (compiladoras), *La enseñanza de la historia en América Latina*, Organización de Estados Americanos, 1994.

³⁰ J. Díaz Castañeda y J. Ospina Ortiz, *o.c.*, p. 87.

³¹ *Idem*, p. 88.

³² Ver al respecto las reflexiones de John Harold Plumb en *La muerte del pasado*, Barral Editores, Barcelona, 1974, pp. 42-45 (original inglés, *The death of the past* London, 1969).

los criollos, el único grupo dirigente que elaboró un programa identitario, concibieron la organización de las nuevas repúblicas sobre la base de intereses limitados. De hecho, preconizaban una patria fundada sobre valores criollos, sin relación con los valores e identidades del resto de la población. Por eso si la celebración de la Independencia y de sus héroes pone de relieve la fuerza que ejercen los acontecimientos excepcionales en la formación de los símbolos y de la identidad nacionales, por otra parte dichos héroes patrios terminan siendo la expresión de un Estado sin una base social verdaderamente representativa de la diversidad económica, étnica y cultural de la nación en gestación. Es ésta la crisis profunda de la *patria del criollo*, que ha llevado a la admisión reciente y oficial de que nuestras repúblicas son conglomerados multiétnicos y pluriculturales.

De todas maneras si la sociedad cambia hay que darle nuevas interpretaciones de su propio pasado e incorporar en ellas la participación (real o idealizada) de los actores históricos emergentes. No es una novedad que la Historia se reescribe periódicamente. Y se reescribe desde «los de arriba» pero también desde «los de abajo». Si la *historia oficial* pretende dar una visión única de lo acontecido, las *contra-historias* de los grupos emergentes construyen sus versiones y enarbolan sus figuras legendarias, llámense Zapata, Sandino o *Che* Guevara, con la esperanza de que, a su turno, esos héroes populares se conviertan en héroes oficiales.

Paradójicamente el culto a estos «guerrilleros heroicos» llegó a su culmen cuando el marxismo en voga celebraba (teóricamente) las fuerzas impersonales de la Historia y los determinismos sociales de la acción. Dicha incongruencia es comprensible pues todos soñamos con ser héroes. En ellos celebramos secretamente una fuerza que deseáramos fuera nuestra. Ellos encarnan nuestro deseo de escapar a una vida banal y nuestra voluntad de excelencia. En cierto sentido el héroe nos permite vivir por procuración.

Por otra parte, el imaginario colectivo latinoamericano ha sido marcado por el cristianismo y, en este siglo, por el marxismo, dos visiones de mundo que practican un llamado constante al heroísmo hasta la entrega de la propia vida en aras de una causa sagrada. En el cristianismo Dios se hace hombre, y el hombre está llamado a deificarse a través de la imitación de un modelo de vida heroica: Cristo. Su nacimiento, como el de otros héroes de la Antigüedad, es anunciado por profecías y sueños. Nace de Dios y de una mortal, María. Lleva durante treinta años una vida oculta pero con signos que expresan su grandeza: a los doce años maravilla a los doctores del Templo por su sabiduría. Como todo héroe que debe superar unas pruebas, Cristo inicia su vida pública teniendo que afrontar las tentaciones del Demonio en el desierto. Después de innumerables hechos que manifiestan su poder, es víctima inocente de sus enemigos. Muere casi abandonado por sus seguidores pero, después de su «descenso a los infiernos», conoce la apoteosis y es glorificado como salvador del mundo. En Jesús de Nazaret, el cristiano encuentra realizado

—y es invitado a realizar él mismo— el sueño heroico de triunfar sobre la muerte y de brillar eternamente como estrella junto a Cristo (*sol invictus*) después de haber superado las pruebas de la peregrinación en este «valle de lágrimas».

El creyente marxista participa, por su parte, en una lucha claramente definida entre dos campos: la burguesía y el proletariado. Este último se halla investido de una misión heroico-mesiánica. Largo tiempo relegado y despreciado, unos profetas (Marx, Engels, Lenin, Mao...) le anunciaron su misión salvífica: aniquilar a los explotadores, tomar el poder y realizar el advenimiento del comunismo con la desaparición de las clases sociales, la superación del Estado y la instauración del Reino de la Libertad. Como en los consabidos escenarios maniqueos, a las nobles proezas del impoluto héroe proletario (indiferente a la ganancia y cuyo único interés es el bienestar de la colectividad) se contraponen las bajas actuaciones del odioso burgués cuyo objetivo primordial es el enriquecimiento individual.

Nuestra inclinación por el culto al héroe responde, pues, a dinámicas históricas particulares. Pero, a mi parecer, expresa también necesidades antropológicas profundas fácilmente detectables en la experiencia del llamado *homo religiosus*. Si la *historia sagrada* es referida por mitos que relatan los hechos y dichos de los dioses en un tiempo primordial constituyendo así un modelo ejemplar para el creyente, la *historia patria* transmite unas narraciones también sacralizadas que nos unen (*religio-religare*) a un supuesto tiempo primordial de la nación, tiempo que no hay que olvidar y que reactualizamos a través de las fiestas patrias, periódico recuerdo de héroes y gestas ejemplares que deben iluminar nuestros pasos en una especie de *imitatio deorum*. Todo este reencuentro del *tiempo de los orígenes* está encaminado a dar sentido a la existencia misma de la Nación y de sus miembros. Por eso cuando las rememoraciones tradicionales aparecen como inútiles o insignificantes, se avecina la hora para que surjan nuevos mitos y nuevos héroes que vengan a llenar el vacío de sentido de una colectividad, a menos que ese «tiempo de la patria» se acepte como un hecho precario y evanescente destinado a su desaparición, lo cual, por lo general, no se acepta. He ahí, a mi modo de ver, una de las razones de la longevidad del héroe patrio. Él se enraíza no sólo en la necesidad de legitimación del poder de un grupo particular sino que responde también a la búsqueda de sentido y de identidad colectivos. Cambian por eso las figuras, pero las estatuas permanecen.

RESUMEN-Para legitimar su poder y para construir una identidad nacional en las jóvenes repúblicas hispanoamericanas, las élites *criollas* forjaron un panteón de héroes patrios destinados a cumplir un papel ejemplar, unificador y estabilizador. El culto al héroe patrio se afianzará gracias a una amplia gama de actos cívicos populares y a la transmisión escolar de una cierta memoria histórica. Pero no sólo por eso perviven los héroes patrios. Su culto forma parte de una *mitología programada* en la que nos movemos aun sin darnos cuenta.

RÉSUMÉ- Pour légitimer leur propre pouvoir et construire une identité nationale dans les jeunes républiques hispano-américaines, les élites créoles ont forgé un panthéon de héros nationaux investis d'un rôle exemplaire, unificateur et stabilisateur. Le culte du héros se consolide grâce à toute une gamme d'actes civiques populaires et à l'enseignement d'une certaine mémoire historique. Mais ce ne sont pas là les seules raisons de la survivance des héros nationaux. Leur culte fait partie d'une mythologie programmée dans laquelle nous évoluons inconsciemment.

ABSTRACT- In order to legitimize their own power and to help build a national identity in the new Hispanic Republics, the creole elite created a pantheon of national heroes whose role was one of unification and stabilization. Hero-worshipping was highly developed through a series of popular civic acts and through the teaching of a certain historical memory. But that is not the only reason explaining the survival of national heroes. Hero-worshipping is part of a pre-organized mythology in which we evolve without being aware of it.

PALABRAS CLAVES : Hispanoamérica, historiografía, identidad, héroe, nación.